

dades civiles ni las militares se hubieran preocupado nunca de tomar algunas disposiciones precautorias que las hubieran puesto a salvo de cualquiera sorpresa, y, 5.ª Es verdaderamente inexplicable que sin estar de acuerdo con los revolucionarios, las fuerzas del 19º batallón, en condiciones de defensa, como estaban, se hubieran rendido, sin oponer, siquiera hubiera sido por simulacro, la más ligera resistencia.»

Sin embargo, nuestras premisas no pudieron haber sido más falsas. Ya veremos en el capítulo siguiente cuán agena estuvo la recuperación de la plaza de Veracruz por las fuerzas del gobierno, a deberse a una traición del general Beltrán. Nos complacemos en reconocerlo así, y por cuanto a la 3.ª de las razones que acabamos de exponer, que sirve de base a la supuesta traición del general Beltrán, y que pudiera tomarse como la más formidable en contra de dicho señor, conste que este general no era el Comandante Militar de la plaza en la época en que don Félix Díaz fraguaba en Veracruz su complot revolucionario; que acababa de recibir tal nombramiento e iba en camino para Veracruz cuando estalló el movimiento felicista, y que, en consecuencia, no pudo haber estado en contacto con don Félix, ni menos haber estado en complicidad con este señor para el desarrollo de los acontecimientos que nos ocupan.

CAPÍTULO X

CAPÍTULO X.

La supuesta traición del general Beltrán.

Importantes rectificaciones históricas.—Recuperación de la plaza de Veracruz por las fuerzas del general Beltrán.—Estulticia de los rebeldes felicistas.—Interesantes revelaciones del general Beltrán.—Cómo fué la recuperación de la plaza.—El uso de banderas blancas puesto en práctica por los felicistas.—Indisciplina de las fuerzas de Díaz.—La verdad de los hechos.

CAPÍTULO X

que nos venimos refiriendo en esta obra...
CAPITULO X

CAPITULO X

La supuesta traición del General Beltran



No hemos podido menos de trasladar aquí sino en parte y después de notables correcciones el capítulo que antecede, y hasta allí lo que, sin faltar a la más estricta verdad, podemos tomar de la edición anterior, ya citada, para la presente, con respecto a los capítulos VII y VIII, denominados: "Levantamiento del brigadier Felix Díaz en Verteruz" y "La traición del general Beltran" (1) pues antes de seguir adelante en el relato y comentarios de estos importantísimos sucesos, toca a nuestro deber, a fuer de escritores honrados y en prueba de la buena fé en que se inspira nuestra labor histórica, hacer aquí espontánea y pública retractación de los juicios que con motivo de aquellos acontecimientos

1-Véase "La Revolución Mexicana." México, 1913. Págs. 248 a 2597.

Capítulo X

Capítulo X

a que nos venimos refiriendo emitimos en nuestra precitada edición anterior, y en la cual, por falta de tiempo para discutir ampliamente las fuentes en que fuimos informados, que nunca con propósitos torcidos, pudimos incurrir desgraciadamente en graves errores, que hoy venimos a rectificar, después de un sereno análisis del caso y de minuciosas investigaciones hechas en el propio lugar de los acontecimientos.

No nos guiaron al lanzar al público la primera edición de que hacemos mérito, simpatías ni animadversiones hacia ninguno de los personajes que figuran en nuestra obra. Como hombres falibles pudimos caer en una equivocación, «o sea decir una cosa falsa por ignorancia o inadvertencia,» y hoy que nos hemos convencido de nuestro error, venimos a confesarlo así honradamente con el noble propósito de poner la verdad en su lugar, y, por ende, dejar incólume la honorabilidad, sólidamente sentada, por lo demás, del militar a que nos contraemos.

Efectivamente, tratando de comprobar la absurda suposición de que la plaza de Veracruz fué recuperada por las fuerzas del gobierno al mando del citado general Beltrán, debido pura y exclusivamente a una traición de este jefe, decimos lo que sigue, en las páginas 253 a 257 de la primera edición de esta obra, ya citada, hecha bajo el título de «La Revolución Mexicana.»

«... Los defensores del puerto contaban con los siguientes elementos de combate: nueve cañones de tiro rápido, con abundancia de parque, algunas ametralladoras y cerca de dos mil quinientos hombres, perfectamente armados y municionados, entre soldados del 19º y 21º batallones, gendarmería de a pié y montada, y gran número de voluntarios que se habían unido al movimiento.

A pesar de estos elementos, que hubieran puesto la plaza en magníficas condiciones de haber sido defendida muy eficazmente, la defensa, como veremos después, no pudo haber sido más débil de lo que fué, y ello hasta a dar una idea clara y precisa de que los defensores del puerto estaban muy lejos de esperar un ataque real y verdadero de parte de las fuerzas del general Beltrán, y que eran, incuestionablemente, víctima de un engaño.

En las condiciones expuestas, asaltantes y defensores (démosles este nombre a los últimos), las columnas de los

jefes Vega, Agustín Valdes y Jiménez Castro, empezaron su avance simultáneo sobre la ciudad, por distintos rumbos.

«El general Valdez, desplegándose en línea de tiradores, hizo un movimiento de avance sobre la Casa Redonda, defendida por soldados felicistas, y tras un corto tiroteo se apoderó de aquella posición e invadiendo la zona neutral, que se hallaba comprendida en la Estación Terminal, pudo avanzar con toda impunidad sobre la plaza, mientras la columna de Jiménez Castro, dividida en dos partes, una al mando del teniente coronel Ocaranza, dirigida por el frente norte del edificio del Ayuntamiento, y la otra al mando del propio Jiménez Castro y atacando por occidente, hicieron su entrada al centro de la ciudad, encontrando la misma irrisoria resistencia que el general Valdes encontró para apoderarse de la Casa Redonda, y el general Vega en su movimiento de flanco izquierdo para apoderarse de la posición que los felicistas ocupaban en el médano del «Perro».

Tales facilidades para recupear con dos mil hombres una plaza ocupada por dos mil quinientos, en un tiempo sumamente limitado—cinco horas—y sin haber ascendido los muertos a más de treinta, entre los que había algunos no combatientes, no puede considerarse, ciertamente, como un hecho de armas. Llámase simulacro, combinación, valor entendido entre asaltantes y asaltados, como quiera llamársele. menos acción de guerra, así como el triunfo de los primeros sobre los segundos, no debe atribuirse a heroicidades o estrategias, sino a ardidés muy poco decorosos para quien los pone en juego; y en el caso concreto a que nos referimos, fué sólo un ardid lo que vino a resolver el «triunfo» del señor general Beltrán sobre las tropas felicistas, y procuraremos demostrarlo con apoyo de los documentos que existen de aquellos acontecimientos, y sirviéndonos de las declaraciones paladinas del propio general Beltrán.»

«Este ardid fué puesto en acción simultáneamente por el expresado militar, de tres diversas maneras:

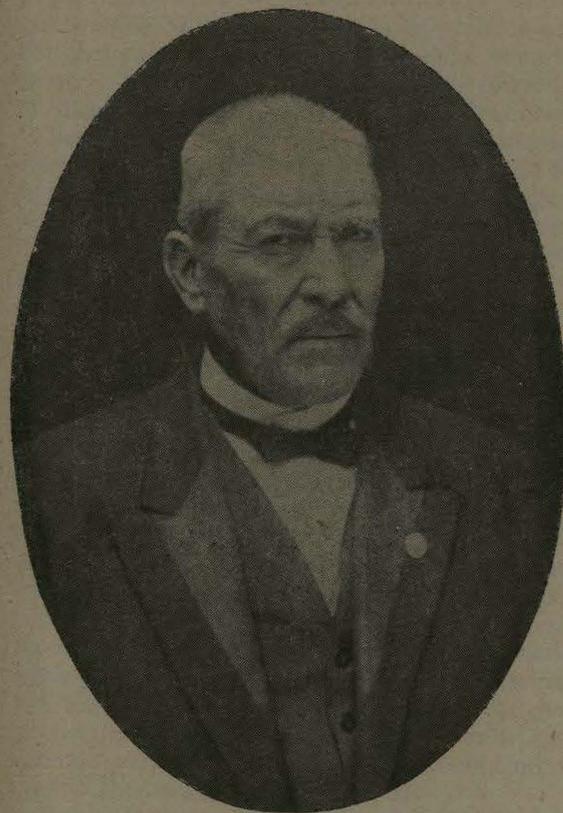
1ª Cuando el «ataque» se generalizaba por todos los rumbos de la ciudad, el cuartel general de las fuerzas del gobierno mandó dar el toque de «cese el fuego» y cuando esta orden se cumplió, en el campo de los asaltantes fué izada una bandera blanca. En esta virtud, el brigadier Díaz, cuyo cuartel general, había sido establecido en el Palacio Municipal, ordenó el mismo toque a sus fuerzas, lo cual fué obedecido inmediatamente.

2ª Las fuerzas de la columna del general Valdes, como ya lo hemos dicho, después de apoderarse tras un insignificante tiroteo, de la Casa Redonda, invadieron la zona señalada como neutral, pudiendo, por este medio, hacer su avance hasta el centro de la ciudad, sin la más pequeña dificultad, y

3ª, Unánimemente las fuerzas asaltantes que, por otra parte, hicieron uso de pañuelos, tohallas, etc., que izaban en la punta de sus fusiles a guisa de bandera de paz, vitoraron al general Díaz en todo su trayecto, durante su avance sobre el centro de la ciudad, vítores que, naturalmente, eran contestados con caluroso entusiasmo por las fuerzas felicitistas, con el grito de «¡Viva Félix Díaz!»

Estos hechos que han pasado a la categoría de rigurosamente históricos y que nadie pone en duda ya, constan en Veracruz a millares de testigos presenciales que así lo afirman, y entre los cuales se encuentran no pocas personas de reconocida honorabilidad, de tal manera, que ratificarlas plenamente por medio de una información testimonial en Veracruz, sería cosa enteramente fácil.»

Como se vé, la suposición de que la plaza de Veracruz se debió sólo a una traición del general Beltran, toma por único apoyo las dos siguientes razones, que carecen de toda consistencia, como veremos después: 1ª que la plaza no estuvo defendida, a pesar de contar con elementos para ello:» Nueve cañones de tiro rápido, con abundancia de parque, algunas ametralladoras y cerca de dos mil quinientos hombres perfectamente armados y municionados, entre



Gral. de Div. Victoriano Huerta, uno de los personajes más conspicuos que tomaron parte en los sucesos de la «Decena sangrienta» del 9 al 18 de febrero de 1913.

soldados del 19º y 21º Batallones, Gendarmería de apié y montada y gran número de voluntarios que se habían unido al movimiento, y 2º, que la entrada al centro de la población se debió a un ardid puesto en práctica por las fuerzas del general Beltran, 1º, invadiendo la zona señalada como neutral, 2º, valiéndose del grito de «viva Felix Díaz!» y 3º, haciendo un uso indebido de banderas blancas.

Desde luego y a poco que se fije la atención, se percibe claramente que los dos hechos anteriores, la no defensa de la plaza por los rebeldes felicistas y la recuperación de ella por el general Beltran, bien invadiendo un terreno neutral, bien identificándose con los defensores con el grito de «viva Félix Díaz!» y bien por último usando bandera blanca, están en pugna abierta, se contradicen, se destruyen a sí mismos y por sí solos bastan a demostrar de una manera clara, precisa, terminante, sin dejar lugar ni a la más pequeña duda, que sí hubo defensa de la plaza por parte de las fuerzas de don Felix, con lo que comprueba el fuego que de distintas posiciones felicistas se le hizo a las columnas de los asaltantes, aunque tal defensa, debil y torpe en extremo, sólo haya servido para evidenciar la impericia y el abandono de los defensores; que el uso de banderas blancas no fué puesto en práctica por los asaltantes, puesto que no necesitaban valerse de ese ardid para tomar una plaza tan torpemente defendida, y que despues de un tranquilo estudio de los acontecimientos, resulta patente que la llamada traición del señor general Beltran, no es otra cosa que una cruel invención lanzada a los cuatro vientos de la publicidad por los partidarios de don Felix, para salvar a este señor del ridículo y de la vergüenza de su fracaso militar en Veracruz. Es preciso reconocerlo así.

En efecto, si existía, como se ha tratado de probar, convenio tácito entre los generales Díaz y Beltran para fusionar sus fuerzas en Veracruz y abrazar la misma causa contra el gobierno constituido, ¿qué objeto tenía que el general Díaz tomara posiciones, como está fuera de toda duda que las tomó y desde las cuales hizo fuego a las fuerzas del gobierno?

Y si por virtud del susodicho «convenio tácito» no se defendió la plaza y se dejó a merced de los asaltantes, ¿qué objeto tenían ni para qué necesitaban las tropas del general Beltran hacer uso de banderas blancas ni invadir la zona

neutral toda vez que no hallaban resistencia a su paso? No, es preciso que se sepa de una vez para todas la verdad de los hechos, y dar a cada cual lo que en justicia le corresponde. La plaza de Veracruz sí estuvo defendida por los rebeldes felicistas, sí hubo combate entre asaltantes y asaltados; esto le consta a millares de vecinos de Veracruz que se dieron cuenta exacta de los acontecimientos, y este sólo hecho excluye al general Beltrán de todo cargo insidioso formulado en su contra, y prueba hasta la evidencia que no se prestó jamás a entrar en componendas con don Félix para hacer causa común contra el gobierno constituido. Si la defensa fué torpe, si a pesar de haber tenido tiempo más que sobrado para ello, los felicistas no hicieron en el puerto obras de artillamiento, barricadas, trincheras, etc., etc., si ellos mismos se cortaron su retirada, destruyendo el puente de Boca del Río, si jamás se ocuparon de investigar los elementos de guerra con que contaba el general Beltrán y si se echaron en brazos de la Divina Providencia y en brazos de ella se dejaron sorprender y aniquilar, culpa fué de la ineptitud de los defensores, y es tonto, malévolo, perverso, prohijar falsedades, inventar embustes y arrojar lodo sobre honorables personalidades, para cubrir culpas de ineptitud y de estulticia.

Hagamos ahora algunas especulaciones acerca de los elementos reales y verdaderos con que contaban uno y otro contendientes.

El señor general Díaz, según datos oficiales que hemos recabado, no contaba en Veracruz el día de la recuperación de la plaza por el general Beltrán, con más de mil y tantos hombres, entre soldados del 19º y del 21º batallones y presos libertados, pues en cuanto a los paisanos que se habían unido al movimiento, fueron desertando poco a poco de las filas felicistas, hasta no quedar sino unos cuantos de ellos el día del ataque.

Con respecto a armamento y municiones sólo contaba con 6 cañones Rffíe y un centenar de cartuchos de pólvora negra, como total de municiones de aquella batería, así como una ametralladora sistema Colts. No obstante, con estos elementos, un militar entendido hubiera podido hacer una brillante resistencia y retardar, al menos, por algunos días, la recuperación de la plaza; pero el señor general Díaz, bien por ineptitud, bien por indolencia, bien, en fin,

por desmoralización propia y de los suyos hizo una defensa deficiente, hasta haber acusado ésta una ausencia completa de conocimientos sobre la materia.

Además, era pública y notoria la indisciplina de los sublevados; diariamente se registraban entre ellos riñas a balazos, ocasionadas por el constante uso del alcohol a que se entregaban desenfrenadamente; los soldados del 19º batallón se mostraban abiertamente hostiles al movimiento rebelde y de una manera terminante habían declarado no pelear contra las fuerzas del general Beltrán, a las que se pasarían en los momentos del ataque, haciendo uso de bandera blanca, y es incuestionable que a este cúmulo de fatales circunstancias debió el general Díaz su fracaso en Veracruz, y de ninguna manera a falta de cumplimiento del general Beltrán a algún convenio o pacto celebrado secretamente con el joven militar primeramente citado.

El señor general Beltrán, a raíz de los acontecimientos a que nos venimos refiriendo, se defendió con toda dignidad de los cargos de que se le hacía víctima, y a los cuales acabamos de hacer mérito, y con tal motivo hizo una exposición clara y precisa de los hechos, comprobando sus asertos con datos y documentos irrefutables; negó categóricamente haber celebrado ningún trato con el general Díaz, atacó a este señor de una manera enérgica y lo exhortó para que sin reticencias ni subterfugios dijera si había habido entre ambos algo que significara componendas, proposiciones, compromisos, ofrecimientos, aceptaciones o condiciones, ni mucho menos que se le hubiera vendido por dinero, sorprendiéndolo después con una actitud que significara una traición o pacto alguno más o menos claro o dudoso entre ambos, y el señor general Díaz, tanto en aquella ocasión como después, ocupando una magnífica posición en las altas esferas oficiales, por virtud de los acontecimientos de la Ciudadela, eludió una respuesta franca, terminante, precisa; jamás siquiera se le preocupado de vindicarse de los tremendos cargos que le ha hecho el general Beltrán, ya sancionados ahora por la opinión pública, y ha consentido con su silencio en que entre él y el señor Beltrán no existió jamás falta alguno relacionado con los sucesos que nos ocupan, y en que la recuperación de Veracruz por las fuerzas gobiernistas, se debió pura y exclusivamente a la notoria ineptitud de los defensores de ella.

Veamos ahora, para mejor ilustrar el criterio público, las revelaciones del general Beltrán, hechas en el importante diario capitalino «El Imparcial,» y la correspondencia cruzada entre este señor y don Félix Díaz, con motivo de los sucesos a que se contrae este capítulo.

«H. Veracruz, 25 de Noviembre de 1912

Sr. Director de «EL IMPARCIAL.»

México, D. F.

Mi respetado y fino amigo:

Me tomo la libertad de acudir a la hospitalidad de las columnas de su acreditado diario, por razones que someto a su justificación.

Una pereza invencible tratándose de mis asuntos particulares compensada con una invariable actividad tratándose de mis obligaciones, así como la ausencia en este puerto de muchos periódicos de la prensa metropolitana y otros, me han tenido en lamentable ignorancia respecto al cúmulo de insultos, ironías y especulaciones que se han estado haciendo a propósito de mi persona, como jefe de las fuerzas de la Federación que asaltaron y tomaron esta plaza, el 23 de octubre próximo pasado.

A últimas fechas algunos amigos me han enviado un conjunto tal de papeles, pasquines, etc., que tratan del asunto a que me refiero, que es imposible leerlos todos y formar un juicio exacto del conjunto, pero hasta donde me sea posible formar opinión, creo estaré en lo justo si me expreso en los términos siguientes:

Para hacerme pasar como traidor al C. Félix Díaz, defensor de esta plaza, se ha comenzado arteramente por suponerme traidor a raíz de mi nombramiento como jefe de las fuerzas a que aludo. Un telegrama que dirigí al IMPARCIAL, creo debía desvanecer cualquiera duda, habiendo yo declarado que no tenía carácter veleidoso.

Para atacarme de la manera más cruel, se ha ocurrido al SE DICE, CORRE LA VOZ, HAY RUMORES PERSISTENTES, PERSONAS QUE MERECEMOS FE NOS ASEGURAN, etc., etc., creándose una atmósfera odiosa, a

pretexto de descubrir la verdad para que sea conocida del público, cuya orientación ha consistido en sorprenderlo al tratar de unificar su opinión.

Hasta donde cuento con elementos a la vista, ocurrió a las personas de buen juicio para que fijen su atención en que solamente se especula sobre el ataque a esta plaza, para insultarme, sin que haya yo merecido de alguien el reposo que implica un ligero análisis de los elementos constitutivos de ese ataque.

Lo poco que encuentro, entre lo mucho anónimo y lo que pudiera llamarse algo concreto, se refiere a que tenía yo seis mil hombres a mis órdenes (contaba con dos mil.)

Con otro dato y con un sarcasmo que da idea de un odio hipócrita y gratuito, se ocurre a la gran figura del señor general Miramón para empequeñecerme. Seguramente la maldad priva en este caso sobre una crasa ignorancia y el talento se emplea en suggestionar al público «con una lógica digna de Sixto Casillas»... Si Miramón en tres diferentes veces no pudo tomar la plaza de Veracruz, un desconocido como yo, en caso de tomarla, como la tomé y sobre todo, de una manera tan rápida, sólo puede crear una explicación satisfactoria—«que la tomé a traición.»

Sale por otra parte a la palestra un sujeto, que se dice testigo presencial de la entrada de mis tropas con bandera blanca por una parte, y por la otra, la entrada de mis tropas por la Zona Neutral. Se pone en boca de algunos de mis jefes y oficiales, frases que, pronunciadas con todo descaro delante de algunos centenares de individuos, parece que constituyen una prueba inaudita e irrefutable «los traidores no han tenido inconveniente, o más bien dicho, hacen gala en público de una traición, que se resuelve en la entrega de la pistola del C. Félix Díaz a las fuerzas que, [parece que] se ha demostrado que venían vitoreándolo y con bandera blanca.»

*
* *

«Ahora, según sé, hay en estudio y creo está ya en ejercicio, un nuevo expediente en perspectiva y consiste en que se está ocurriendo a familias HONORABLES que atesti-

guarán que mis soldados se han introducido a las casas a solicitar pedazos de sábanas y toallas para improvisar banderas blancas.—No creo que se tenga la idea de buscar personas más o menos inocentes o responsables.—pero en todo caso honorables—de complicidades en una traición.

Fuera de estos detalles característicos de mi traición y la de mis tropas, no encuentro un solo dato que signifique un análisis, siquiera sea somero, de mis elementos de combate, ya que tan capciosamente se ha hecho abstracción absoluta de mis limpios antecedentes.

Nadie, que yo sepa, se ha ocupado de contar mis fuerzas, sus elementos tratándose de las tres armas, la manera como han sido concentradas, su despliegue estratégico y su aplicación táctica, resuelta en un ataque vigoroso, en un cerco progresivo verificado por columnas que en número de cuatro (esto la mismo que la mayor parte de lo que se relaciona con el ataque y toma, creo que se ignora aún por la defensa a la que no informé de mis operaciones que no tuvo tiempo para hacer frente a su completo desarrollo y todo lo cual mis deturpadores se han percatado mucho de averiguar) al hallarse a distancia de tiro de fusil de la plaza atacaban o estaban listas para atacar, adelantándose a los movimientos probables de los defensores de la plaza. Ninguno se ha preocupado de decir una sola palabra del aplazamiento de mi artillería en un lugar tan formidable, que su sola ocupación, militarmente hablando, garantizaba el triunfo en más o menos tiempo. No veo una sola especulación a propósito del estado moral de mis tropas, ni consideración alguna sobre las conocidas cualidades de mis jefes de columna, la organización de éstas en la liga íntima que tenían todas entre sí, obedeciendo a movimientos de un plan de ataque estudiado con la anticipación posible y desarrollado con una velocidad que, para los ignorantes, constituye un elemento característico de traición».

*
* *

«Con esta traición sobre la que se especula como siendo un hecho consumado e indiscutible y con un desconocimiento absoluto o quizá perfectamente bien estudiado, de los ele-

mentos que acabo de citar, se ha pretendido dar un golpe bastante más formidable que el que yo he dado a la plaza. No se demuestra mi traición (a priori) al Gobierno, pero ahora debo resultar traidor (a posteriori) al C. Félix Díaz... Y de la defensa ¿qué se sabe?... ¡Se sabe lo que supone!... ¡que ha sido víctima de una traición y nada más! Se llama la atención al público sobre mi individuo de una manera verdaderamente sugestiva, como lo demuestra todo lo escrito en mi contra y se procura, en cambio, distraer esa misma opinión pública, de una manera convencional. Se crea una víctima simpática, cuyos elementos militares de defensa, tratándose de una plaza, nadie se ocupa de analizar, y tengo entendido que tal dato, tratándose de las fuerzas que contendieron con el señor general Miramón, forma parte integrante de la historia de las operaciones militares de aquel notable general.

Declaro honradamente que he señalado un punto que me es infinitamente penoso abordar; muchísimo más penoso de lo que sería a los que me atacan y que se han constituido defensores civiles del C. Félix Díaz, si supieran a qué atenerse; y conste que graciosamente les concedo el que lo ignoran.

Voy a partir de las veleidades que con toda oportunidad se me atribuyeron, y siguiendo con las componendas o compromisos con que se me ha agraciado, en connivencia con el señor don Félix Díaz, de quien **NO SE VACILA EN HACERME COMPADRE**, habré de detenerme en el fracaso que mis negocios sucios sufrieron y que **TAN LOGICAMENTE** prueban mi traición.

Es un hecho que en periódicos de Veracruz y que posteriormente a la toma de la plaza han debido circular en México, existen publicaciones que excluyen todo género de hipótesis y que demuestran, «que el Alcalde Municipal de H. Veracruz, los Cónsules extranjeros y el C. Félix Díaz, defensor de la plaza, tenían conocimiento oficialmente de mi decisión irrevocable de tomar dicha plaza, pues se ha publicado que el defensor de ella, la defendería palmo a palmo.»

De mi declaración de guerra, dada a conocer con la debida anticipación, señalando la hora precisa a que comenzaría mi ataque, existe también la publicación respectiva... ¿cabe duda alguna a ninguno de los cincuenta mil habitan-

tes de Veracruz de que la plaza, iba a ser atacada? Seguramente que no, como lo prueban las comunicaciones respectivas del señor Alcalde Municipal y señores Cónsules extranjeros al darme noticia oficial de los lugares de refugio; y si a esto se agrega, que una hora antes de empezar el combate, se produjo la defensa conmigo en términos tales, que le concedí graciosamente una prórroga, que comenzando a las 12 1. M. del día 22 de octubre próximo pasado, terminaba a las 6 a. m. del día 23, cabe invitar a los que me dicen traidor y no analizan a la defensa: ¿cuáles son las investigaciones que han hecho respecto a las determinaciones militares tomadas en la plaza de Veracruz por las fuerzas que se han constituido en sus defensores, desde el momento que no cabe duda que voy a entrar a dicha plaza con mis fuerzas A CAÑONAZOS?"

*
* *
"Me sospecho que mis veleidades (traición al Gobierno) mis componendas o arreglos (que el señor don Félix Díaz desmentirá categóricamente si es necesario, como corresponde a un hombre de honor y que se precia de ser caballero) y mis procedimientos netamente militares y por consiguiente caballerosos, haciendo una declaración de guerra en debida forma, son datos que ante cualquiera persona sensata (y quedan absolutamente excluidos mis deturpadores gratuitos) desvanecerán algunas de las varias formas que a mis supuestas traiciones se han dado.

Por mi parte, he contado, como general que ataca una plaza, con la supremacía moral de mi iniciativa. El enemigo contó con la inferioridad moral de hallarse a la defensiva. Mi ataque ha significado actividad; la defensa se ha guarecido en la pasividad por un parte y ha debido por la otra, retroceder al empuje de mis tropas. Mi artillería ha ocupado una posición formidable, que ha aprovechado debidamente, y el defensor, habiendo contado con ocho días que pudo utilizar, no ha llevado a cabo una maniobra que mis soldados desempeñaron, como titanes, en una noche.

Cumpliendo con las leyes más elementales de la táctica y

la estrategia, he ocultado mis movimientos y con ellos he sorprendido al enemigo.

Yo me he informado debidamente de las condiciones en que se hallaba el enemigo y éste, sólo se ha percatado de mi superioridad táctica, cuando al amanecer del día 23 ha visto mi artillería en donde él no pudo o no supo o no se le ocurrió poner la suya. Yo he atacado al enemigo por el norte con todo vigor y este ataque, el único de que él pudo rendirse cuenta, lo obligó a debilitarse en el sur, cuya ocupación, bien entendida, habría prolongado mis esfuerzos por tres o cuatro días.

Cuando el enemigo estaba empeñado en Casa Redonda con la columna de Jiménez Castro, ha resultado sorprendido tácticamente por el Occidente, por la columna del general Agustín Valdés, quien con sus tiradores ha podido avanzar impunemente sobre la plaza, durante algunos centenares de metros... Cuando como resultado de este flanqueamiento, netamente militar, el enemigo ha debido retroceder y ha retrocedido, el general Valdés se ha dirigido hacia el oriente o sea rumbo al edificio del Ayuntamiento. La columna de Jiménez Castro se ha dividido en dos partes, una de las cuales, con Ocaranza, se ha dirigido por el frente Norte del citado edificio del Ayuntamiento y la otra, con Jiménez Castro a la cabeza, con rapidez y empuje de proyectil, se ha adelantado, interponiéndose entre el edificio del Ayuntamiento y los cuarteles, a fin de evitar que hacia éstos se dirigiera el enemigo, a quien había arrollado y el cual, reforzando la guarnición de dichos cuarteles, se habría hecho muy fuerte en ellos.

Apelo a la conciencia de las personas sensatas. Con jefes y tropas de reputación acreditada y que ni con los bandidos del Estado de Morelos han ocurrido en ningún caso a engañar con bandera blanca a semejante enemigo ¿es posible suponer que alguno de estos jefes y sus tropas triunfantes, cuando le venían pisando los talones al enemigo y lo tenían rodeado por todas partes, haya habido entre esas tropas soldados que han tenido tiempo para introducirse a las casas, a pedir pedazos de sábanas y toallas, imprevisar banderas y el Jefe Ocaranza y alguno de sus oficiales intiman rendición al enemigo, confesándole públicamente, delante de centenares de individuos, que ellos (los míos) le habían hecho traición?

Quien como yo, tiene el orgullo de haber educado a la gran mayoría de oficiales, que en el Ejército, hace dos años, constituyen la admiración del país por su lealtad, valor y nobleza; no es capaz, en la primera acción de guerra que manda, de sugestionar bajo ninguna forma, procedimientos criminales a jueces tan incapaces de acatarlos, como de emplearlos o sugerirlos a los suyos. Mis deturpadores, defensores civiles del señor don Félix Díaz, han urdido un drama visiblemente cándido: «El jefe de una plaza, acusado por el enemigo, cae en la red de unas banderas blancas con que han sustituido sus fusiles, los soldados que lo vienen vapulando a balazos desde Casa Redonda, de donde tuvo que salir a pezúña de caballo.»

*Se me dirá seguramente que todo lo anterior no pasa de especulaciones abstractas y que hay datos que demuestran que mis razonamientos, son música celestial.

Por mi parte declaro que efectivamente se ha abusado en todos los rumbos de la ciudad, no sólo de la bandera blanca, sino de la Cruz Roja y de Cruz Blanca Neutral* y he tenido la nobleza de confesar, como me dicta mi conciencia honrada, en mi parte oficial a la Secretaría de Guerra que «tengo la perfecta convicción de que a estos abusos ha sido enteramente ajeno el caballeroso señor don Félix Díaz.» No lo hago responsable de hechos de sus subordinados, porque tengo de él la idea a que dan lugar sus antecedentes. Hago constar que ante éstos no se inclinan los míos.

Tengo la nobleza por ahora de callarme datos respecto al abuso que se cometió de las banderas ya citadas y es más, tengo la nobleza de conceder que el enemigo, en su fuga, no ha podido rendirse cuenta de un hecho aislado que puede disculpar su error, atribuyendo a mis fuerzas, LO QUE SE DEBE EXCLUSIVAMENTE A LAS SUYAS.

Rumbo al Norte, adelante de Casa Redonda, había un puesto avanzado de unos doce hombres montados y armados. Cuando el C. Félix Díaz y sus tropas han sido desa-

lojados de Casa Redonda, el puesto avanzado no ha podido menos de hacer lo que sus colegas y naturalmente dió media vuelta; pero dada la distancia que mediaba entre unos y otros, izó bandera blanca y partiendo al galope, movía esta bandera blanca de derecha a izquierda y gritaba: «Viva Félix Díaz.»—Este subterfugio pisoteaba la bandera blanca, pero salvaba la vida de quienes tenían la seguridad de no ser reconocidos por los suyos, quienes si daban media vuelta para hacer fuego retrocediendo, fusilaban miserablemente a sus compañeros, a los cuales no era fácil reconocer.

Llamo la atención del público sobre los hechos siguientes: yo traía tropas del 21º Batallón y 19º Batallón y de rurales.—El defensor de la plaza tenía tropas del 21º y 19º Batallones y de rurales.—Los uniformes de los contendientes eran iguales.

En cambio del dato aislado que referí, por no citar otros de extrema gravedad, existe de parte de los defensores civiles de la defensa de la plaza, y deturpadores gratuitos del ataque, un dato que pudiera aparecer espeluznante. Firma este dato como testigo presencial, un individuo de cuya importancia y veracidad puede formarse juicio, si se fija la atención en sus procedimientos. Dice el afirmante, que él vió a mis tropas hacer uso de la Bandera Blanca. Cuando a raíz de los acontecimientos pretendió ese individuo infiltrar en la población tal idea, lo expresó en tono sugestivo en presencia de otras personas, a otro testigo presencial, cuyo nombre es perfectamente honorable. Esta persona, que es el señor licenciado Domingo León, secamente, con la seriedad que dá la verdad y con la sequedad que implica el valor, le dijo a ese sugeto: MIENTE USTED, yo soy testigo presencial de los hechos y digo a usted QUE MIENTE.

Tan honorable [?] persona afirma que mis tropas pasaron por la Zona Neutral, aduciendo esto como prueba de uno de tantos datos que caracterizan mi traición.*

Con este tono autoritario se engaña cínicamente al público y voy a demostrarlo. La Zona Neutral me fué dada a

conocer con anticipación y a mi vez la puse en conocimiento de mis jefes de columna. Esa Zona estaba ocupada POR MAS DE DOS MIL PERSONAS DE AMBOS SEXOS que en ella se refugiaron. Necesitaban mis tropas ser invisibles e intangibles como el éter, para haber atravesado esa muralla humana, que con una sola voz, habría protestado, ante el mundo, por una violación tan inaudita de las leyes de la guerra. El señor Alcalde Municipal de esta plaza permanece aún en silencio. Tres policías armados, cuando el combate estaba en su período álgido, ingresaron a esa Zona de refugio para resguardarse del peligro, se les desarmó y se les permitió guarecerse y sus armas fueron entregadas a la oficina respectiva. El calumniador que ha embaucado probablemente a todo el que lo ha leído, es probable que tenga en su abono una disculpa: «Que no conoce cual fué la Zona Neutral, ni que ésta, que se dió a conocer a mis tropas, estaba ocupada por familias, como habiendo sido escogida para lugar de refugio.» . . .

El estribillo de «por honor del Ejército,» se está tomado como pretexto para insultar a ese Ejército. Con el pretexto de orientar la opinión pública, se miente con vaguedades y se sorprende con mentiras. Con hipótesis a priori se han buscado deducciones convencionales y con considerandos patrióticos, se está pretendiendo dividir y no se vacila en insultar al elemento más sano con que en la actualidad cuenta la República: «EL EJERCITO».

Terminaré lo que a vuela pluma escribo, haciendo uso de unos párrafos que forman parte de mi PARTE OFICIAL, y que no constituyendo una indiscreción de mi parte, puedo permitirme transcribir».

* * *

«Después de algunas consideraciones militares sobre las condiciones del ataque y haciendo un resumen de las de la defensa de la plaza, digo, como consecuencia lo siguiente: «Así se explica que yo que he atacado la plaza MILITARMENTE, tenga razones militares para defenderme, TAMBIEN MILITARMENTE, de los ataques que tan injustamente se me hacen, y se explica también, que quien no has

dado pruebas de actitud para defender MILITARMENTE una plaza, haya quedado a merced de «CIVILES» quienes gratuitamente (?) se han impuesto la tutela de hacer su defensa militar (no la de la plaza). Esa defensa—la del C. Félix Díaz, ha pretendido encararse con la justicia, contando al efecto con un solo argumento—faltar a la verdad como base, e insultarme como procedimiento.»

«Tal defensa podrá dejar satisfechos a quienes se habían forjado un Apóstol. Mis tropas han hecho cambiar la faz de los propósitos y entonces, no se ha vacilado en pretender parir un traidor, para inventar un mártir.»

«No debe extrañarme el procedimiento de quienes han dado, diciéndose patriotas, un paso verdaderamente criminal, en nuestra historia contemporánea. . . el de no haberse detenido en medios para prostituir y después insultar a una parte de nuestro Ejército, cuyo conjunto, por su lealtad y educación, seguirá formando el orgullo de la Patria. Esta, en sus afanes de paz, no ve en sus soldados políticos de ningún bando, sino servidores que penetrados de su deber, han sostenido, sostienen y seguirán sosteniendo LAS INSTITUCIONES Y LA INTEGRIDAD DEL TERRITORIO.»

Digo también entre otras cosas: «que es a los ciudadanos jefes oficiales y tropa bajo mis órdenes, a quienes se debe exclusivamente un triunfo, de cuya importancia me he rendido cuenta, por la sensación que en todo el país ha producido» y agregó: «En mi concepto esto depende de que, «LO QUE PARECIA INVEROSIMIL,» se ha tratado con verdadera acritud y no estándose debidamente documentado, se ha resuelto en lastimar gratuitamente a quien atacó esta plaza, ignorándose mis elementos de fuerza, la concentración de ésta, su despliegue estratégico y su ataque combinado y debidamente sostenido. . . pero en cambio, no tengo noticia de que haya habido un crítico (aun cuando sea civil) que, en obsequio de la justicia, haya hecho un análisis, siquiera sea ligero, de las circunstancias que han caracterizado «LO QUE REALMENTE APARECE INEXPLICABLE» . . . «LA INDOLENCIA MILITARMENTE PUNIBLE DE LOS DEFENSORES DE LA PLAZA DE VERACRUZ.»

Creo ser justificado con hacer esta última cita. Un ge-

terral ávido de gloria y afecto al bombo, se guardaría mucho de restar méritos a su triunfo.»

Si se quiere hacer historia sin dar a conocer que se inventa una traición, parece que un prólogo de insultos debería de haberse sustituido con datos más dignos del público cuya opinión—cualquiera puede suponer que, muy honradamente, se trata de ilustrar.

Para terminar, señor, y aun cuando pudiera aparecer cruel o poco noble, diré a los que tan gratuitamente me atacan e insultan, que si para sostener sus suposiciones continúan en su tarea, abusarán de que mi obligada defensa pudiera tener más tarde las apariencias de un ataque.

Conste que hasta ahora y no obstante lo mucho que tan injustamente se ha abusado de mí, tengo la prudencia de no descender al insulto y aludir solamente a generalidades o documentos oficiales. Entiéndase bien.

Doy a usted las debidas gracias si se sirve publicar esta carta, y me repito suyo con la debida atención, seguro servidor.»

JOAQUIN BELTRAN.

*
* *

Posteriormente, el señor general Beltrán hizo nuevas e importantísimas revelaciones sobre los acontecimientos de Veracruz, poniendo en su lugar la verdad de los hechos; y constituyendo estas, documentos de inestimable valor que debe recoger la Historia, las trasladamos íntegras aquí:

México, Enero 14 de 1913.

Señor Director de "EL IMPARCIAL."

Presente.

Muy señor mío:

Dirijo a usted los adjuntos documentos, que no sólo son de interés para mí, sino para toda la Nación, suplicándole se sirva ordenar su publicación en el diario que dignamente dirige.

Deseo que "EL IMPARCIAL" los publique, no sólo por ser el órgano más caracterizado de la prensa metropolitana, sino porque su carácter está inspirado en la serenidad, en la cordura y en una verdadera imparcialidad que justifica su nombre.

Al amparo de esas altas y difíciles cualidades, deseo, pues, colocar estos documentos para que mi significación sea una legítima defensa y para todos la justicia y la verdad.

JOAQUIN BELTRAN.

"El 30 del pasado noviembre, EL IMPARCIAL publicó una carta mía a propósito de la toma de Veracruz, llevada a cabo el 23 de octubre anterior.

Creí que la publicación de esa carta calmaría las ánimos excitados contra mí y no juzgué necesario incluir en ella importantes detalles que quise mantener reservados, pero que hoy en vista de los pertinaces ataques de que soy objeto, me veo obligado a revelar no sólo en ejercicio de la más legítima defensa de mi honor individual, sino también en pró del Ejército, que en la persona de sus miembros, comienza a ser objeto de una solapada campaña, a pesar de que continuamente, durante los dos últimos años, ha dado las más evidentes pruebas de su abnegación, patriotismo, honradez y respeto a las instituciones.

En el fondo de las correspondencias extranjeras; (?) de los artículos locales, de las vagas murmuraciones callejeras, de todas las variadas formas de ataque más o menos llenas de perfidia o reticencia de que he sido objeto, no hay seguramente, más que el despecho de un pésimo oficial del Ejército o de algún oscuro y frustrado político ex-vazquista o felixista, que ansioso de vergonzante notoriedad halaga esa forma negativa de patriotismo que se traduce en la perversa y malsana satisfacción de afirmar que la honradez y la decencia no existen ya en México, ni siquiera entre los miembros de un Ejército consciente de sus deberes y abnegado al cumplirlos...

El extravío del criterio de ciertos grupos políticos o seto políticos, en que cada ambicioso o desequilibrado disimula su funesto egoísmo bajo un disfraz de falso patriotismo, ha llegado hasta desconocer las verdaderas funciones del Ejército.

En vez de considerarlo como un grupo fuerte por lo compacto, útil por lo homogéneo y patriota por lo honrado, sólo ven en él al COMODIN que debiera secundar y favorecer las miras, ambiciones o utopías de tanto discutible, heterogéneo y contradictorio patriotismo.

En el extravío y desconcierto de ese criterio, que caracteriza nuestra falta de unidad, se cree que el patriota y respetable Ejército, esencial guardián de las instituciones, debe estar al servicio de cualquiera que se crea con derecho para regenerar al país, predicando paz y unión y practicando guerra y anarquía.

Tales apreciaciones que por lamentable ignorancia pueden disculparse en cualquiera, consternan cuando es un ex-brigadier quien propaga esas ideas anti-sociales y funestas, y no sólo obra así, sino que como se verá luego se enorgullece de tan lastimosa propaganda.

* * *

El Ejército entre tanto, en su enorme mayoría, noble, compacta y patriota, sigue sorprendiendo a la Nación por su actitud inmovible para todo lo que no sea la lealtad a las instituciones; pero como al obrar así, es por el mismo hecho EL GRAN ESTORBO DE TODOS LOS PERTURBADORES DE LA PAZ PUBLICA, resulta convertido en el blanco de las iras de los ambiciosos defraudados en sus esperanzas, quienes no atreviéndose a insultar al conjunto, comienzan a enderezar su despecho hacia una fracción cuyos méritos, mayores o menores, está sin duda el de no haberse dejado prostituir.

Como elemento de esa fracción debo decir que mi concepto del Ejército manifestado últimamente en las operaciones de Veracruz, es el mismo que siempre ha normado y normará en mi vida militar; el mismo que inculqué a los



Incendio de la casa del Presidente don Francisco I. Madero, en la Colonia Roma, por el populacho, durante la «Decena sangrienta» del 9 al 18 de febrero de 1913.

alumnos del Colegio Militar cuando tuve la honra de dirigirlos; el mismo que en mis informes anuales formulé ante el Supremo Gobierno y cuyas diversas expresiones se sintetizan en esta fórmula:

EL EJERCITO ES EL SOSTEN DE LAS INSTITUCIONES Y EL CENTINELA AVANZADO DE LA INTEGRIDAD DEL TERRITORIO

Que mi conducta militar ha estado, y ha sido siempre de acuerdo riguroso con estas ideas; quedará demostrado con los hechos y documentos que paso a manifestar.

Como uno de los ataques más mendaces, aunque de más apariencia, ideados por mis detractores consiste en afirmar que el señor Félix Díaz tenía ya convenido con personas cuyos nombres se han citado y con «otros altos jefes del Ejército» que le sería entregada la plaza de Veracruz, paso a desmentir esa afirmación:

El Coronel Migoni, enviado para sobornar, invitar o suggestionar al señor brigadier Manuel Zozaya, quien al mando de una columna se hallaba en Boca del Río, fué decentemente desairado. Se volvió a insistir al día siguiente y el señor brigadier Zozaya, de cuya decencia se abusó, puso preso a Migoni y posteriormente lo entregó en Veracruz.

Al valiente coronel Adolfo Jiménez Castro, se trató de suggestionarlo por medio de anónimo bien escrito. Si este coronel hubiera pensado en ser desleal se le desconocería hasta el dudoso mérito de acceder a una invitación apareciendo como espontáneamente desleal.

Los señores brigadieres Celso Vega, Agustín A. Valdez, Gustavo Mass y Rafael Dávila, no fueron objeto de insinuación alguna y como todos mis jefes y oficiales cumplieron mis disposiciones, me consta que no hubo entre ellos la menor sospecha de connivencia en el movimiento felicista.

En lo que a mí respecta, debo manifestar que como jefe de las fuerzas que tomaron la plaza de Veracruz fui invitado con insistencia como se verá en las cartas que inserto en seguida, debiendo advertir que si el C. Félix Díaz tomó todo el tiempo necesario para meditar y redactar las cartas que me dirigió, yo en cambio dicté mis respuestas a toda prisa, por cuyo motivo no las sujetó mi respuesta a crítica de forma, aunque en la de fondo, estoy seguro, el crítico más injusto y apasionado no encontrará nada que vulnere

mi honor y buen nombre, en cuya legítima defensa, vuelvo a decirlo, me veo obligado a publicar estos documentos que quise mantener secretos y a cuya publicidad me obliga el ya insoportable alud de insultos con que se pretende abrumarme.

Que los torpes consejeros de Félix Díaz y otros ambiciosos despechados carguen con la responsabilidad de haberme obligado a defenderme así, y que los buenos mexicanos y verdaderos patriotas para quienes el honor del Ejército y de sus miembros está vinculado con el de la patria, separe cual es la verdad, adonde el honor está incólume y sin mancha la lealtad.

A raíz de que fui honrado con el mando de las fuerzas que habían de operar sobre Veracruz, EL IMPARCIAL publicó un telegrama mío, por el que sus numerosos lectores supieron que yo declaraba NO TENER CARACTER VELEIDOSO.

Cuando por la Secretaría de Guerra, supe que debía marchar a recuperar Veracruz, creí de mi deber, en testimonio de agradecimiento, decir al señor Secretario de Guerra, por telégrafo, al contestar de «ENTERADO,» lo siguiente: PROTESTO A USTED MI LEALTAD ABSOLUTA. NUNCA MANCHARE MI CARRERA, DIGOLO ESPONTANEAMENTE.

El Gobierno me honró con un mando y yo por cortesía protesté mi lealtad. No siendo yo el UNICO general en el Ejército, sino antes bien, el más obscuro pues nunca me había tocado batirme, es inexplicable que el Gobierno se declarara imbécilmente timorato y dándome una importancia que no tengo, me hiciera a la vez la injuria de comprar mi lealtad, poniéndole un precio, conque nunca se pagaría la indignidad que mi aceptación demostrara al acusar recibo, con agradecimiento [?] del dinero y del latigazo de la desconfianza que de antemano inspiraba. Este único punto de vista no lo consideran quienes han hecho torpes fantasmías sobre mis relaciones oficiales con el Supremo Gobierno, (ni con las análogas de cualquier jefe a quien se da un mando de importancia) si bien será obvio para toda persona que se respete.

* * *

Principiaré por manifestar en esta segunda parte de mi

defensa, que al externar los datos que van a leerse no obró por un sentimiento de venganza. Bastante ha demostrado no ser accesible a esta pasión, quien a pesar de los infames ataques de que ha sido víctima, ha callado tanto tiempo.

Voy a referirme ahora al uso indebido de la Bandera Blanca, de la bandera de la Cruz Blanca Neutral; de la de la Cruz Roja y de un brazal de ésta, por las fuerzas a las órdenes de don Félix Díaz, y muy a mi pesar quizá tendré en lo futuro que hacer uso de otra correspondencia mantenida con dicho señor.

El 16 de octubre recibí orden de concentrarme a Orizaba, a donde llegué con los elementos que pude reunir y con la columna a las órdenes del señor coronel Adolfo Jiménez Castro, que llegó a las 2 h. 15 a. m. del día 12. El C. General Agustín A. Valdés se dirigió violentamente de Zongolica a posesionarse con su columna de Córdoba. El día 17 se me incorporó una fuerza a las órdenes del General Rafael Dávila, así como la artillería que se me envió de México que se me incorporó en Tejería. El 18 ordené al general Valdés avanzara hasta Tejería, recibiendo la misma orden el C. Brigadier Celso Vega, quien había llegado a Antigua con artillería e infantería. El General Zozaya, con elementos análogos, se había posesionado de Boca del Río. El C. Coronel Adolfo Jiménez Castro avanzó a Córdoba; y después a Tejería, a donde llegué a la madrugada del día 19. Ese mismo día recibí, a las 12 m., un pliego de los señores Cónsules extranjeros de Veracruz, solicitando una entrevista, que tuvo verificativo a las 5 p. m. El portador de la solicitud y los señores Cónsules fueron recibidos con las formalidades de la Bandera Blanca que los amparaba. Un emisario secreto me puso al tanto de que las tropas del 19º Batallón, residentes en Veracruz, NO COMBATIRIAN CON LAS MIAS, dándome como señal que LEVANTARIAN BANDERA BLANCA y tocarían alto el fuego.

El 20 de octubre recibí al señor Alcalde Municipal y al decano de los Cónsules, y habiendo apenas tenido tiempo para contar mis fuerzas, tomar datos del enemigo y hacer mi plan de ataque, obscureció y no quise enviar de noche una locomotora con bandera blanca, a fin de conducir pliegos temiendo alguna contingencia. Puse, pues, fecha 12 a una comunicación intimando al C. Félix Díaz la rendi-